

BREVE BIOGRAFÍA

— DEL —

GENERAL ARTIGAS

PARA LOS NIÑOS

CON ARREGLO AL PROGRAMA DE LAS ESCUELAS PÚBLICAS

POR

JUAN B. DEFFÉMINIS

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS

Depósito: calle CHANÁ núm. 59 (Cordón)



MONTEVIDEO

Imprenta LATINA, calle Uruguay número 26

1900

g. x.
BREVE BIOGRAFÍA

DEL

GENERAL ARTIGAS

PARA LOS NIÑOS

CON ARREGLO AL PROGRAMA DE LAS ESCUELAS PÚBLICAS

POR

JUAN B. DEFFÉMINIS

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS

Depósito: calle CHANÁ núm. 39 (Cordón)



81.485
52.835

MONTEVIDEO

Imprenta LATINA, calle Uruguay número 23
1900

DEDICADO

A LA

COMISION DEL MONUMENTO

Á ERIJIRSE

- PRESIDENTE . . . *Dr. D. José Pedro Ramirez ;*
VICE-PRESIDENTE *Dr. D. Juan Zorrilla de San Martin;*
SECRETARIOS . . . *Sres. Jacobo Varela, Juan A. Ramirez, Pedro Requena Bermudez, Alberto Guani.*
VOCALES *Sres. D. Isidoro De-Maria, Dr. Juan Carlos Blanco, D. José Saavedra, Dr. Carlos A. Berro, D. Rufino T. Dominguez, Dr. Duvimioso Terra y Dr. Pablo De Maria.*
-



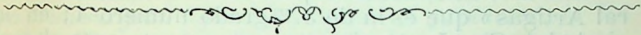
MONUMENTO ERIJIDO EN SAN JOSÉ

(Del «Almanaque del Hogar Cristiano»)

BREVE BIOGRAFÍA

DEL

GENERAL ARTIGAS



I.

A menudo se oye hablar de un grande hombre llamado Artigas que vivió hace muchos años; y no solo oímos nombrarle, sino que también vemos su retrato en la Escuela y por todas partes puesto en magníficos y ricos cuadros de todos tamaños y distinto valor. Sabemos que se encuentra en los salones de la Casa de Gobierno y del Honorable Cuerpo Legislativo; en todas las Oficinas del Estado; en casa del señor Presidente de la República y de los señores Ministros; en la de todos los altos funcionarios públicos y eminentes personajes políticos, y aún en la de muchos particulares ricos y pobres que viven en la Capital como en todas las ciudades, villas, pueblos, aldeas y hasta los distritos rurales de la campaña. También se ve su venerable figura en los billetes de Banco de más valor, en las estampillas de Correo y aún en la cubierta de los cuadernos en que los niños escriben sus planas.

Sobre todo no falta en la Escuela, colocado en el lugar más visible de ella, en el sitio de honor. ¿Cómo había de faltar en el templo donde se educan los futuros ciudadanos? No era posible: para que la niñez conozca la respetable figura del gran guerrero oriental, el más grande de los patricios uruguayos, y se inspire en sus heroicas acciones y altos sentimientos de amor á la Patria que le animaban, lo cual explican los maestros en los aniversarios de su nacimiento, el 19 de Junio, y de su muerte, el 23 de Septiembre.

Con el fin de honrar cuanto más se puede su memoria, ya que ahora no es posible hacer otra cosa, le tributan honores de toda especie: en el norte de la República hay un departamento que lleva su nombre; en Cerro Largo, una villa; en todos los pueblos una calle está dedicada á su recuerdo; en Montevideo, un establecimiento de educación que se titula «Escuela General Artigas» que es la de 3.^{er} grado número 1; en la ciudad de San José existe un monumento ante el cual hicieron desfilar los alumnos de las escuelas públicas el 19 de Junio último. El Gobierno y el pueblo oriental entero, están tratando de erigirle otro gran monumento en una de las principales plazas de esta Capital; y para mayor honor y gloria aún, en breve, tal vez para cuando se coloque la piedra fundamental, ó en otra oportunidad, el Poder Legislativo sancionará una Ley disponiendo que á la moneda que hoy se llama peso lleve en adelante el nombre ARTIGAS.

Según los trabajos que se están haciendo en estos momentos, de los que dan cuenta los diarios, el monumento será espléndido, grandioso, digno del héroe á quien se le dedica y será costeadado por suscripción popular. Así que todos: nacionales y extranjeros, hombres y señoras, niños y niñas debemos contribuir con cada cual su cuota á fin de poder reunirse una suma tan grande que se pueda hacer la mejor obra de ese género que haya en las Repúblicas del Plata.

¿Y por qué se hacen tantas cosas? ¿Qué ha hecho para que se le hagan tantos honores? preguntará talvez algún niño ó alguna niña.

Porque lo merece. Esa popularidad que se le dá, es un simple acto de justicia y gratitud que los orientales hacen al primero que tuvo la idea de que el territorio uruguayo, en aquel tiempo llamado Banda y Provincia Oriental, debía formar un estado libre é independiente, no pertenecer á España, ni á Portugal, ni al Brasil, á la Argentina ni á ninguna otra nación del mundo, sino ser gobernado por sus propios hijos puesto que son tan capaces como otros de dirigir sus destinos nacionales; y no solo pensó que debía ser independiente, sino que

trabajó, luchó tanto como ningún otro oriental, para conseguirlo aún que, para gran disgusto suyo, no haya podido lograrlo por culpa de unos ambiciosos que le tenían grande envidia. He ahí porque le llaman el *precursor de nuestra nacionalidad, el fundador de la nación uruguaya, el caudillo primitivo, el primer jefe de los orientales, el prócer de nuestra independencia, nuestra primera gran figura histórica, el protector de los pueblos libres*, y otros honrosos títulos que á muy pocos se les dan porque muy pocos hay que los merezcan.

Este pequeño librito también, está consagrado á él. Se pueden escribir y se han escrito varios y grandes volúmenes sobre su vida ; pero como á los niños no les agradan las obras voluminosas, nunca las concluyen de leer, lo hicimos pequeñito, poniendo en él lo más esencial solamente, á fin de que tengan ideas de lo que fué y lo que hizo en bien de la Patria. Traten de imitarle en sus sentimientos é incomparable amor por la felicidad nacional ; sean contraídos al estudio y á toda labor escolar para instruirse mucho y educarse bien, prepararse para ser hombres útiles, que aún pueden llegar á ser unos grandes ciudadanos que harán honor á la Patria por su amor á ella, los servicios civiles ó militares que le presten, su ilustración y sabiduría hasta merecer que le hagan honores aunque no tan grandes como para con Artigas, pero de merecer que su nombre figure también en la Historia Nacional.

II.

En una linda casita de la calle San Benito, en la que vivía hace cerca de siglo y medio un señor llamado don Martín José Artigas y su señora esposa doña Francisca de Armas, nació el 19 de Junio de 1764, un hermoso niño de ojos celestes, muy vivos, cutis fino y blanco como la nieve.

¿Dónde está la calle San Benito? preguntarán los

niños; en Montevideo no hay ahora ninguna con semejante nombre.

Tienen razón: antiguamente todas las calles tenían nombres de santos y fueron cambiados en la época de Sitio Grande por un proyecto que presentó el doctor don Andrés Lamas, que era entonces Jefe Político, y siendo aprobado por el Gobierno.

Según el distinguido y respetable historiador don Isidoro de María, la calle San Benito es la que ahora se llama Colón; y la casa en que nació Artigas no existe ya, sino que hay otra en su mismo lugar, muy diferente, siendo la que tiene actualmente el número 71, una casa de bajos, con una puerta y dos ventanas á la calle, situada entre Cerrito y Piedras, á la izquierda yendo hácia la Aduana.

Pensarían los padres de aquel lindo niño lo que llegaría á ser? De seguro que no. Ni se lo imaginaban tampoco. ¿Cómo puede adivinar un padre y una madre lo que está destinado á ser alguno de sus hijos? Qué contentos se pondrían si supiesen que llegará á ser un grande hombre! un gran ciudadano! un hombre célebre! Con qué esmero lo cuidarían más! ¿Cómo se habrían alegrado don Martín y doña Francisca si hubiesen sabido que ese su hijito iba á ser el más valiente, el más patriota, el más querido ciudadano del futuro pueblo oriental!

Cuando nació Artigas no había tal República del Uruguay. Ni por la imaginación de nadie pasaba en aquel tiempo la idea de semejante nombre! Este país se llamaba entonces Banda Oriental y pertenecía á España, una nación muy lejana de América, que se halla en Europa. Montevideo no era entonces más que un pueblo pequeño, con pocas casas y calles todas desarrregladas.

A los dos días de haber nacido dicho niño, lo bautizaron poniéndole por nombre José Gervasio.

III.

Por supuesto, su infancia la habrá pasado ni más ni menos que como los demás niños. Haría él también, como es natural, sus pequeñas travesuras pues no hay niño, por juicioso que sea, que no haga algunas. Los mismos hombres más sabios de la tierra, por formales y serios que sean, cuando chicos deben haber hecho las suyas también porque en esa dichosa edad de la vida no se piensa ni en lo que se dice ni en lo que se hace, y casi, casi, no se sabe distinguir las buenas acciones de las malas. ¡Cuántos individuos hay que como niños han sido unos grandes traviesos, y como hombres unos grandes ciudadanos! Cuántos! Los niños se parecen á la fruta: cuando es verde, no sirve y aun suele hacer daño; y cuando está madura, sazónada, entonces es buena, rica y hasta saludable.

Sin embargo, el niño José Artigas al ir creciendo no dejaría de distinguirse en algo bueno de los demás niños de su edad, sobre todo en inteligencia, en viveza y en bondad.

IV.

En aquellos tiempos no había escuela alguna en Montevideo. Los niños y las niñas crecían sin aprender nada, nada absolutamente. Pobres! ¡Qué lástima! Las escuelas públicas y los colegios particulares solo se fueron estableciendo muchos años después. Por eso aún ahora los ancianos, hombres y mujeres, no saben leer ni escribir, ni hacer tan siquiera su propio nombre. Qué triste es eso! eh? Pero ellos no tienen la culpa: ¿cómo podían aprender si no había quien enseñase?

No obstante, existía un Convento, llamado de San Francisco, donde se daba alguna instrucción. Y el padre de Artigas, que era un hombre de juicio, viendo que su hijo era muy vivo é inteligente, lo mandó á él para que aprendiese. ¿Cómo era posible que no lo hiciera instruir? Hubiera sido una lástima muy grande porque después no habría podido ser tan útil como fué á la causa de la independencia y libertad de su Patria pues millares de veces tuvo necesidad de escribir él mismo y dictar á sus secretarios escritos, cartas, documentos, órdenes, etc. cuando estaba en lucha contra los enemigos de su país.

Como es fácil suponerse, muy pronto aprendió lo que en aquellos tiempos se enseñaba y entonces su padre resolvió mandarlo á una estancia que tenía en Casupá. ¿Saben ustedes donde es? Pues búsqüenlo en el Mapa: se encuentra entre los departamentos de Minas y Florida.

Como él deseaba conocer el campo y aprender á andar á caballo, fué con mucho gusto.

Al poco tiempo no más, sabía cabalgar tan bien que era todo un ginete.

Así fué creciendo, haciéndose un joven alto, guapo como pocos y siendo muy servicial y bueno con los paisanos de manera que lo querían mucho.

V.

Por allá pasó unos cuantos años dedicándose al trabajo y al comercio para ganarse honradamente la vida, como hacen los hombres de bien.

Entonces la campaña era muy despoblada. Las casas se hallaban muy lejos, lejísimo una de otra de manera que, para ir á ellas, había que andar días enteros. Pero había enormes cantidades de ganado por todas partes; mas, como era tan solitaria, era fácil robarlo y llevárselo. Así que venían del cercano país, el Brasil, muy amenudo partidas de bandoleros, malhe-

chores é indiadas á reunir grandes tropas y arreárselo para venderlo, amenazando matar á los dueños si no los dejaban.

Así que había necesidad de mandar soldados para cuidarla. Entonces el Gobernador de Montevideo formó un Regimiento que le llamaron de Blandengues; y como Artigas era muy práctico de la campaña y era un joven muy valiente, fué nombrado Teniente del mismo Regimiento.

Por supuesto, aceptó en el acto el cargo pues era lo que deseaba poder ser útil á su país y á sus amigos. ¡Cómo no! exclamó cuando lo supo. ¡Ya lo creo que acepto! Con muchísimo gusto! Los hombres debemos prestarnos siempre á servir la Patria porque es un deber. ¿Qué sería de ella si nadie quisiese ser soldado para defenderla? Un país de hijos cobardes no es digno de estima. Yo soy oriental; y entre los orientales no hay uno solo que sea cobarde, y no sepa cumplir sus deberes de buen patriota.

Y tenía razón porque lo demostraron bien pronto y siguen demostrándolo. Si alguna nación extranjera invadiese el territorio con intenciones de apoderarse del país, todo el pueblo en masa se levantaría en guerra para rechazarla; á él se unirían también los extranjeros porque sería de su deber, y el enemigo tendría que retirarse.

Como es de suponerse, Artigas con su valiente Regimiento en poco tiempo limpió la campaña del bandillaje que la infestaba y los habitantes ya podían vivir tranquilos en sus casas y atender sus haciendas.

Entonces fué enviado á la Colonia del Sacramento. ¿Saben dónde queda también? Véanlo en el Mapa hácia el oeste de la República, antes de llegar á la desembocadura del río Uruguay en el de la Plata.

VI.

Estando en esa ciudad, sucedió una vez que un soldado del Regimiento cometió una falta. Artigas, que quería á su gente, trató de defenderle ante el que mandaba entonces la Colonia. Este, que era un hombre de mal genio, amenazó á Artigas diciéndole que le haría poner una barra de grillos, ó sea atarle las manos con una cadena.

Eso era un gran insulto para un hombre de méritos y de valor como Artigas; una amenaza que de ninguna manera merecía. ¡Un hombre como él amenazarlo tan groseramente, tratarlo como si fuera un culpable! *un cualquiera!* Como es natural, se ofendió mucho y con razón. ¡Cómo! se dijo consigo: yo que le sirvo con toda lealtad y me esfuerzo por cumplir mis deberes, se me trata de esta manera? ¿Es así como se agradecen mis servicios? Y sintiéndose herido en su dignidad, contestó en tono enérgico que *se equivocaba mucho si pensaba que él se dejaría poner la barra de grillos!*

Entonces resolvió no seguir sirviendo más á los españoles. Y como hacía algunos meses que en Buenos Aires se habían levantado contra ellos para hacerse independientes, Artigas pensó que los orientales podían hacer otro tanto dirigiendo el movimiento él mismo.

Dicho y hecho.

Con este propósito, se marchó para la Argentina á presentarse á los revolucionarios y ofrecer sus servicios en la patriótica empresa de la independencia sud-americana.

Como los jefes de la revolución habían oído hablar mucho y muy bien de él, sabían que era un hombre de prestigio y un oficial valiente, aceptaron con el mayor gusto su ofrecimiento; diéronle lo que necesitaba para venir á empezar la guerra, confiriéronle el grado de Teniente Coronel y, á los dos meses, el 7 de Abril de 1811, volvió todo lleno de entusiasmo, á proclamar

entre los orientales la idea de libertad é independencia. Como todo el mundo le conocía y era muy querido, en cuanto se extendió la voz de su proclama, cundió la idea por todas partes y en poco tiempo acudió tanta gente que pudo formar un regular ejército tan valiente y dispuesto como el mejor.

Desde entonces empezaron á llamarle el *Jefe de los orientales*.

VII.

Desdeluego empezaron los combates pues los patriotas atacaban á los enemigos donde quiera que los encontrasen. En uno de ellos tomaron á San José el 25 de Abril del mismo año.

Muy animados, por supuesto, de haber salido bien en los primeros encuentros, se dirigian á todas partes en busca de contrarios para batirlos y el 18 de Mayo dieron una gran batalla en Las Piedras, saliendo victoriosos también. Figúrense si estarían decididos, si pelearían con valor, que siendo mucho menos gente, teniendo menos cañones y armas, derrotaron completamente á los realistas tomándoles 500 prisioneros, siendo entre ellos 23 oficiales y el propio jefe que los mandaba!

¡Si pelearían con denuedo!

Es que el derecho y la razón dan fuerza y valor á quien los tiene.

Así que iban de triunfo en triunfo.

Ya la campaña toda estaba en poder de los patriotas. No faltaba más que Montevideo y allá fueron también, para ver de tomarlo. Pero era más difícil. Allí los realistas tenían muchos medios de defensa. Así es que no pudieron. Si hubieran podido, la guerra habría acabado pronto. Sin embargo tuvieron sitiada la ciudad algunos meses dirigiendo Artigas el sitio al principio.

Al poco tiempo de estar allí, vino un jefe de Buenos

Aires, llamado Rondeau (léase Rondó) mandado por la Junta para dirigir todas las tropas de la Banda Oriental y así es que Artigas quedó bajo las órdenes de él.

Eso era un desaire que se le hacía y una gran injusticia que se cometía con él. Artigas era quien había iniciado el movimiento y había obtenido varias victorias; estaba reconocido como Jefe de los orientales y le correspondía también de derecho seguir dirigiendo la guerra en su país.

Pero después de la victoria obtenida en la batalla de Las Piedras, en la que Artigas dió prueba de ser un valiente y hábil guerrero, parece que los argentinos empezaron á sentir celos por él; y así fué porque mandaron á Rondó como Jefe superior de las fuerzas patriotas.

VIII.

Estaba todavía durando el sitio cuando de repente viene de Buenos Aires la orden de levantarlo y retirarse las fuerzas sin haber tomado la ciudad.

¿Cómo es eso? dijo Artigas cuando lo supo. ¿No estamos aquí para ver de tomar la ciudad? ¿No hemos empezado la guerra para librarnos de la dominación extranjera que tan mal nos trata? ¿Y por qué se nos manda retirar sin tomar la ciudad que es la última que nos falta? Eso es mal hecho; muy mal hecho! Y pensando que habían encargado á otro jefe para dirigir la guerra, comprendió que debía haber *algo por medio*, que la Junta argentina no obraba de buena fe!

Y era verdad: los porteños habían empezado á creer que Artigas quería la independendencia absoluta de la Banda Oriental y ellos no querían eso, sino que formara parte de las Provincias Unidas del Río de la Plata y sometida á su poder.

Sin embargo, la causa de la orden de levantarse el sitio era porque en Buenos Aires supieron que venía

del Brasil un gran ejército portugués para ayudar á los españoles. Pero aún así, Artigas no estaba conforme porque volviendo para Buenos Aires los soldados argentinos que ayudaban al sitio, quedaban solo los orientales que eran pocos, y no podrían contra los españoles y los portugueses; y además aquellos podían vengarse por haberse rebelado á la autoridad española.

Así que los argentinos se fueron, Artigas con su gente y una gran parte del pueblo con sus familias salieron también del territorio oriental yendo á instalarse en un paraje llamado el Ayuí en la Provincia de Entre Ríos. ¡Qué trabajos pasaría toda aquella pobre gente, sobre todo las mujeres y los niños, hacer un viaje tan largo! Sin embargo se animaron hacerlo por no quedar aquí sujetos á la dominación extraña.

La Junta de Buenos Aires para conformar á Artigas lo nombró Teniente Gobernador de Yapeyú, lo que él aceptó con el propósito de seguir trabajando por la libertad de su Patria.

IX.

Desde luego empezó á reunir gente para hostilizar á los portugueses, hasta que los hizo salir del territorio oriental.

Entonces pensó en volver á sitiar á Montevideo en unión con los argentinos. Pero como la Junta volvió á confiar el mando superior á otro jefe, Rondó, siempre, no se les reunió del todo con su gente. Estaba visto, los argentinos le tenían miedo y recelaban de él.

Habiéndolo sabido el Gobernador de Montevideo, y deseoso de atraer hácia la causa realista á Artigas, le mandó ofrecer el grado de Brigadier y la Comandancia de campaña. ¡Qué esperanzas!—contestó él.—Yo no hago semejante cosa! ¿Cómo voy á traicionar la causa de la libertad de mi Patria? De ninguna manera! por nada en el mundo! Yo no soy un traidor. Empecé á luchar para librarla de los enemigos, y he de con-

tinuar hasta conseguirlo ó morir. Quiero á mi patria libre. La tierra de los orientales debe ser para los orientales! Solo ellos tienen derecho de mandar en ella y no necesitan que otros los gobierne, como el que está en su casa es el único dueño de dirigirla. Nosotros defendemos la nuestra, ni pretendemos la de nadie. La tierra en que cada cual nace es para él vivir en ella, y la Banda Oriental del Uruguay es para los Uruguayos.

Así es que siguió la lucha.

Un día se dió un fuerte combate en el que los patriotas salieron mal. Entonces se retiraron un poco de la ciudad yendo al Cerrito. Las realistas, envalentonados, los siguieron para atacarlos y fueron derrotados á su vez. ¡Lo que es la suerte de las armas! Tan pronto triunfan unos, tan pronto otros, pero mientras tanto muere gente por culpa de los que hacen la guerra porque tienen la fuerza en sus manos, aún que la razón no esté de su lado.

He ahí porque se llama ahora Cerrito de la Victoria á ese pequeño cerro, muy bajito que se ve desde Montevideo, en cuya parte más alta hay un molino á viento y á su lado una Escuela mixta: por el triunfo que alcanzaron los patriotas contra los realistas en Enero de 1813, mandado por el General Rondó. Es en honor á la memoria de éste, por su ayuda á librar nuestro país del poder español, que se dió el nombre de Avenida General Rondeau, á esa hermosa y ancha calle recta que desde el Arroyo Seco va hasta la Plaza Libertad ó Cagancha.

X.

Como no pudieron tomar á Montevideo, volvieron á sitiario otra vez. Allí era el punto principal.

Mientras tanto, como toda la campaña estaba en poder de los patriotas y los españoles no tenían ya nada que ver en ella, Artigas trató de formar un Go-

bierno para administrarla y dirigirla, pero la Junta de Buenos Aires se le opuso contrariándole en todo. Esto disgustó profundamente á Artigas que resolvió retirarse del sitio con su gente.

Al saberlo la Junta, dió una orden terminante de prenderlo y llevarlo vivo ó muerto allá, prometiendo una suma de dinero á aquel individuo que presentara su cabeza.

¡Qué infamias cometen á veces los hombres cuando están enfurecidos y cegados por la pasión! ¡Qué iniquidades! ¿Acaso merecía eso un hombre como él? ¿No era dueño de aspirar á que su patria fuera enteramente independiente y de trabajar por conseguirla? ¿No tenía derecho á ello? Y aún que no quería que la Banda Oriental perteneciera á la Argentina, ¿no peleaba como los argentinos, por la causa de la independencia sud-americana también? ¿Qué necesidad había entonces de librarse del dominio español para caer en manos de otros y ser mandados por ellos? ¿Para qué? Desde que no era más que como cambiar de dueño, ni pagaba la pena hacer la guerra y derramar preciosa sangre de nadie.

Más, como habia sido electo Gobernador y Capitán General de la Provincia Oriental, recelaban de él y querían quitarle todo el poder posible; «con ese decreto que damos, pensaban sus acérrimos enemigos, concluiremos con él y alguno de nosotros irá á gobernar esa Provincia.»

Pero se equivocaron: Artigas era muy querido, muy apreciado y muy temido también para que alguien se atreviese hacer con él lo que habia mandado el Directorio de Buenos Aires.

¿Qué diferencia habia entre los sentimientos de Artigas y de los demás jefes de la revolución! En aquellos tiempos, cuando se tomaba prisionero á algunos enemigos acostumbraban fusilarlos, ó maltratarlos cruelmente. Pero Artigas nó, no hacía semejantes barbaridades, sino que los respetaba y aún ordenaba que se les tratase bien.

He ahí un proceder que le hace inmenso honor por-

que demostraba ser el jefe de sentimientos más nobles y humanitarios que entonces había, de ideas muy avanzadas en materia de guerra, de un espíritu muy civilizado; pues mientras los demás eran vengativos con los enemigos que tomaban, él les perdonaba porque, decía, en la batalla es una cosa, cada cual hace lo que puede para vencer al enemigo, pero una vez concluida, los que triunfan no deben tratar mal á los vencidos y mucho menos matarlos porque es una crueldad, una gran crueldad. Aún que sean enemigos en guerra, los hombres son hermanos igualmente, puesto que todos son hijos de Dios. Así que no deben matarse por venganza.

Solamente por esas tan nobles ideas que tenía, merece ser tenido por el guerrero americano más noble y humanitario de la época.

XI.

Entretanto, los argentinos seguían sitiando á Montevideo hasta que por fin cayó.

Habiéndolo sabido Artigas, mandó reclamar inmediatamente que se le entregara como era de justicia, puesto que era la ciudad capital de la Provincia Oriental. Pero ¡qué le habían de hacer caso! Imposible! Es claro: ellos si habían ayudado a los orientales no era para hacerles favor alguno, sino para conquistar la tierra uruguaya y gobernarla.

Así es que la Banda Oriental después de verse libre del dominio español, pasó á estar sujeta al poder argentino. Concluida una guerra, veíase obligada á comenzar otra en el acto. ¡Qué cruel destino suele perseguir á ciertos pueblos! Se libraba de las garras de un león, y caía en las de un tigre.

Cerca de ocho meses estuvo sometida al gobierno argentino, sosteniendo varios combates en los cuales triunfaban á veces unos y á veces otros, hasta que entonces Comandante don Fructuoso Rivera los derrotó completamente en los campos de Guayabos, el 1 de Enero de 1810.

Entonces resolvieron dejar libre á la Provincia Oriental.

¡Qué alegría para Artigas y los patriotas verse por fin libres! Qué contentos se pondrían! Cualquiera puede figurarse.

Pero estaba escrito en el libro de su implacable destino, que esa alegría debía durar muy poco.

Entre los oficiales partidarios de Artigas, no faltaron algunos que, halagados por brillantes promesas de los argentinos, lo abandonaran para plegarse á ellos. Y como en aquellos tiempos surgían guerras por diversos motivos entre sí los mismos porteños sosteniendo combates, resultaba que unos caían en poder de otros.

Mientras tanto, el Gobierno de Buenos Aires lo formaban ya otros hombres y éstos revocaron el infame decreto contra él. Y deseando al mismo tiempo atraerse su voluntad, le mandaron siete prisioneros que tenían y eran muy enemigos de Artigas para que él hiciera lo que le pareciese con ellos. Pero Artigas, que era de un corazón muy noble, como ya dijimos, lejos de fusilarlos ó maltratarlos en venganza, los trató con muchas atenciones y devolvió á Buenos Aires mandándoles decir que él no era verdugo ni asesino para matar á unos pobres hombres indefensos.

¡Así proceden los grandes hombres!

He ahí otro noble rasgo de gran guerrero! Hé ahí otra prueba de que el espíritu de Artigas era un verdadero genio de civilización de la época! Mientras los demás se complacían en ver sangre humana derramada, quitar la vida á los contrarios de valer que tomaban prisioneros para tener metidos enemigos, él se la perdonaba generosamente. Por eso es digno de titularle *EL MÁS NOBLE DE LOS GUERREROS DE LA INDEPENDENCIA SUD-AMERICANA*, título con el que debería ser conocido no solo en la Historia de América sino la Universal.

Es claro que algunos defectos tendría él también y habrá cometido algunos errores, porque no hay nadie perfecto en el mundo, pero no puede negarse que era

el hombre que más se distinguía por la bondad de sus sentimientos y la nobleza de su corazón.

XII.

Muy poco tiempo permaneció dueña de sus destinos la bella Provincia Oriental. Los portugueses, viéndola sola ya, y comprendiendo que no tenía bastante gente para defenderse, invadieron otra vez el territorio con intención de apoderarse de él. ¡La codiciaban tanto esta bella tierra! Sin embargo, ¿no tenían bastante con su Brasil 45 veces más grande? ¿Para qué querían ésta también? No podían dejársela á los orientales, que eran sus legítimos dueños? ¿Le habría gustado á ellos que otros más poderosos le fueran á quitar la suya?

Como es natural, Artigas tra'ó de todas las maneras posibles de rechazarlos, pero no pudo. Eran muchos y los orientales muy pocos. Por más fuerte y valiente que sea el león, si le atacan por todos lados muchos á la vez, no puede defenderse de todos y tiene que sucumbir por fuerza.

Y así fué. Muy pronto se apoderaron de toda la campaña, aún que le costase bastante cara por la gente que le mataban los patriotas. Pero llegaron á dominarla y no le faltaba ya más que Montevideo. Allá fueron también á sitiario por todos lados con un formidable ejército. ¡Pobres familias que vivían en ella! ¡Cuántos trabajos pasaron en los sitios que hubieron en ella!

Los sitiados hacían lo que podían para sostenerse, pero no les era posible por mucho tiempo. Los enemigos no dejaban entrar artículo alimenticio alguno y se les iba acabando los que tenían. ¿Qué podrían hacer? ¿Morirse de hambre? ¡Cómo estarían las pobres mujeres y los pobrecitos niños! Pueden ustedes figurarse!

No queriendo entregarse á los portugueses, y viendo

que se les estaban acabando los alimentos, pensaron en ir á pedir recursos á Buenos Aires, y así lo hicieron. ¿Saben ustedes lo que le contestaron los argentinos? Pretendiendo hacer como los usureros un buen negocio, le dijeron que le darían lo que necesitaban á condición de que la Banda Oriental entrara á formar parte de las Provincias Unidas y jurase obediencia al Congreso de allá!

Por supuesto, ante tales exigencias, Artigas se indignó y le mandó decir que no quería favores de esa clase, que quería mucho á su Patria para entregarla á extraños por un pequeño servicio que hiciesen; si querían hacérselo de buen grado sin aquella humillante condición, muy bien; y sino. . . que lo dejaran.

Así que los sitiados tuvieron que seguir como pudiesen, pasando muchas necesidades. ¡Cuántas privaciones sufrirían! Cuántas! Que mal lo pasarían aquellas delicadas señoras y señoritas, niños y niñas que no tenían que comer! ¡Qué cosa horrible es la guerra! ¡Cuán cruel suele ser! ¿Y todo eso por qué? Solo por no dar á cada uno lo suyo, ó querer quitárselo. ¿Por qué si un hombre está en su casa, con su familia, ha de ir otro á quitársela por ser más fuerte, echarlo con ella é ir á habitarla? ¿Por qué? ¿Es justo eso? Entonces cada uno no puede ser dueño de lo que es suyo? Pues era lo que querían hacer con nuestro país los portugueses y los argentinos: obligarlos á entregarse.

¡Ah! lo que hace la ambición! Cuando los niños de ahora sean hombres y gobiernen, deben hacer lo posible por evitar las guerras, sea con países extraños, sea entre ellos mismos, entre los diferentes partidos políticos.

XIII.

Si bien los portugueses eran ya dueños del país, como comprendían que Artigas con sus valientes oficiales y soldados no les dejarían tranquilos, en el deseo

de concluir la guerra le ofrecieron el grado de Coronel y dinero para vivir, con tal de que se retirase, cosa que rechazó con energía, porque él no buscaba solo su bienestar personal, sino también el de sus compatriotas. ¿Cómo iba á dejarlos? De ninguna manera. Eso habría sido una villanía que él no cometería por dinero alguno, decía.

Y así que la guerra siguió. Y aunque los soldados patriotas pelearan como unos leones, y triunfaran en algunos combates, no pudieron desalojarlos del territorio. Eran muchos los enemigos y ellos muy pocos. ¿Cómo puede un hombre defenderse contra diez? ¿Cómo podían mil soldados luchar contra 16 mil? Era imposible. Así es que el 20 de Enero de 1817 los portugueses entraron en Montevideo.

¡Qué profundo disgusto para Artigas y los demás patriotas al saber que Montevideo había caído en poder de los contrarios!

La lucha continuó todavía como unos cuatro años, sin que los patriotas lograsen expulsarlos.

Los de Buenos Aires, por su parte, cada vez más enemigos de Artigas, procuraban por todos los medios de perderlo, y para ello, mediante unas grandes y hermosas promesas que hicieron á varios de sus oficiales, consiguieron que éstos se apartasen de él y lo abandonaran. Más aún: se convirtieron en terribles enemigos suyos al punto de pelear contra él mismo y su gente.

¡Qué cosas ruines obliga hacer la desmedida ambición ilegítima! ¡A cuántos hombres pierde!

Artigas, empero, no peleaba por espíritu de ambición, sino porque era de derecho que su Patria fuera libre é independiente como lo eran ya otras naciones; así podrían hacer progresar más al país, pues nadie mejor que sus propios hijos pueden quererle más y trabajar realmente por el bienestar y la felicidad de todos.

Así que la Provincia Oriental siguió perteneciendo á los portugueses hasta la venida de los 33, el 19 de Abril de 1825, al mando del inmortal Lavalleja.

Ha sido, pues, la ambición, la envidia y la maldad de otros lo que perdió á Artigas. El no fué más que una víctima de un cruel destino de sí mismo y de su Patria, pues ésta siguió siendo desgraciada por largos años aún después de conseguida la independendencia. Si la hubiera logrado Artigas, habría quedado aquí, y con su buen ejemplo de verdadero y sano patriotismo, tal vez los orientales no hubieran tenido tantas luchas civiles entre ellos mismos.

Tantas fueron las intrigas, las tramas y las traiciones que hicieron á Artigas, hasta que por último vió que ya no podía hacer nada, nada. ¿Qué recurso le quedaba? Ausentarse, retirarse para otro país, desengañado, con el corazón partido de dolor.

XIV.

Así resolvió hacerlo, y así lo hizo. Pero antes quiso practicar otra noble acción más.

Recordando que en Río Janeiro se hallaban varios patriotas prisioneros, y entre ellos Juan A. Lavalleja, sabía que estaban pasando necesidades y á él le quedaban todavía unos cuatro mil pesos, ¿qué creen ustedes que haya pensado hacer? Pues mandarle ese dinero que le quedaba. ¿Qué les parece á ustedes esa otra noble acción? ¿Qué otro hombre lo habría hecho? Con ella podemos acabar de comprender la nobleza de sentimientos y el buen corazón de Artigas y como no era por su felicidad personal que luchaba y quería la independendencia de la Patria, sino para el bien de todos los orientales. Cualquiera otro hombre que hubiese sido, tal vez se habría dicho: ya que no tengo más remedio que irme de mi país y me queda todavía este dinero, me lo llevaré, porque me puede hacer falta para vivir.

Pero no señor: quiso mandarlo á los amigos que estaban en Río Janeiro, para aliviar sus necesidades y él quedar sin nada.

Acciones como esas solo las hacen grandes hombres.

¿Y saben ustedes lo que es Río de Janeiro? Sí: es la capital del Brasil. Allí los habían mandado los portugueses para sacarlos de aquí y tener menos gente contra quienes pelear; y gracias que no les quitaron la vida, sobre todo á Lavalleja que era el más valiente de los que tenían prisioneros en su poder.

XV.

Hecho eso, partió de aquí para el Paraguay, el día 20 de Septiembre de 1820. Entonces tenía 56 años de edad. ¡Con qué dolor en el alma partiría, abandonaría á su querida patria! ¡Cuál cruel destino persigue á veces á ciertos hombres!

Llegado allá, fué enviado por el que gobernaba aquel país, á una lejana villa llamada Curuguatí. Allí, el hombre más noble, más valiente, más generoso y más guerrero de la época que habia en las regiones del Plata, el que debia ser Presidente de varias Provincias, para vivir tuvo que dedicarse á cultivar la tierra.

Algunos años después, cuando murió el que lo había confinado á aquella población, el otro que le sucedió lo hizo ir cerca de la ciudad de la Asunción. Ese, tan siquiera, fué un poco más cortés para con el noble anciano Artigas. Allí solían ir á visitarle los viajeros que iban de aquí y que habían oído hablar tanto de él. Uno de ellos dice que *no se cansaba de estar frente á frente con aquel hombre de quien tanto había oído hablar y que creía muerto*. Al saber Artigas que iban á verle por lo que habían oído decir de él, se alegraba, y una vez dijo, viendo que su nombre sonaba todavía: «es lo que me resta de tantos trabajos; — hoy vivo de limosna.»

¡Pobre Artigas! ¡Cuán digno de compasión es!

Otro viajero que fué á verle y le llevó un librito de la Constitución ó Carta Fundamental de la República,

dice que cuando supo lo que era, se alegró tanto que hasta dió varios besos al libro al mismo tiempo que le caían las lágrimas de los ojos.

¡¡ Si querría á su Patria!!

Algunos años después, los Generales Rivera y Oribe lo mandaron llamar, pero rehusó venir. Sin duda, por mucho que fuera el amor que sentiría por la Patria, al pisar su suelo otra vez, se le habrían renovado las heridas, y con ellas, el dolor que ha experimentado al verse cruelmente traicionado por los falsos amigos, despreciado y abandonado por ellos y otros, después que tanto había hecho para el bien de todos.

El 23 de Septiembre de 1850, precisamente el día que entra la primavera, murió, teniendo 83 años de edad, siendo 30 que estaba en el Paraguay. Ahora hacen 50 que falleció.

Seis años después de su fallecimiento, fueron traídos sus restos á Montevideo, siendo depositados en el Panteón Nacional donde ahora se encuentran, junto con los de otros grandes patriotas.

En el año 1883, el 2 de Julio, la Asamblea Nacional sancionó una ley mandando erigirle una gran estatua que es, precisamente, lo que se trata de realizar ahora. El pedestal de dicha estatua se dispuso que fuese de granito de Las Piedras, en recuerdo del lugar de su primera victoria.

El 17 de Septiembre de 1884 se dictó una ley declarando día de duelo nacional aquel que es aniversario de su muerte. Por eso cada año, el 23 de Septiembre, los niños ven la bandera nacional colocada á media asta sobre los edificios de las escuelas y de todas las oficinas públicas, y los maestros dan una explicación sobre su vida.

XVI.

Ahora, el pueblo oriental, los ciudadanos de todos los partidos, tratan de honrar debida y dignamente la

memoria del gran hombre, del gran campeón de la libertad é independencia uruguaya, erigiéndole la estatua que se proyecta. Por eso debemos contribuir todos con nuestra donación para hacer que resulte el más grandioso y espléndido monumento posible que se levantará en la Plaza más central de la ciudad á fin de que todos puedan verla y que, al mirarla, al contemplar la intrépida figura del valiente y magnánimo jefe de los orientales, se inspiren en los altos y patrióticos sentimientos que á él animaban y le imiten SIEMPRE. gobernantes y gobernados, como sucede precisamente ahora, en unirse, quererse y tratarse unos á otros, de todos los partidos políticos y creencias religiosas, cual buenos hermanos, con iguales derechos é idénticos deberes, para que haya siempre paz, unión y armonía entre la familia uruguaya y pueda así cada cual entregarse tranquilamente al trabajo, al comercio, á la industria, al cultivo de las ciencias, al perfeccionamiento de las artes, al desarrollo y fomento, en fin, del progreso en todas sus manifestaciones, labrando de esta manera el engrandecimiento intelectual, físico y moral de esta tan bella y querida patria, hacer que en los demás países del mundo digan que la República Oriental del Uruguay es una nación muy adelantada en todo, de hijos inteligentes, laboriosos, patriotas y pro-resistas.

¡Con qué satisfacción verá desde las altas regiones donde se encuentra el selecto espíritu de Artigas, realizarse en su tan querida patria el hermoso y grande ideal que él perseguía!

Y ahora que los niños y las niñas que han leído este librito saben algo más que antes respecto del grande Artigas, no olviden lo que él decía de que ES UN DEBER DE TODOS SERVIR Y HACER EL MAYOR BIEN POSIBLE Á LA PATRIA.
